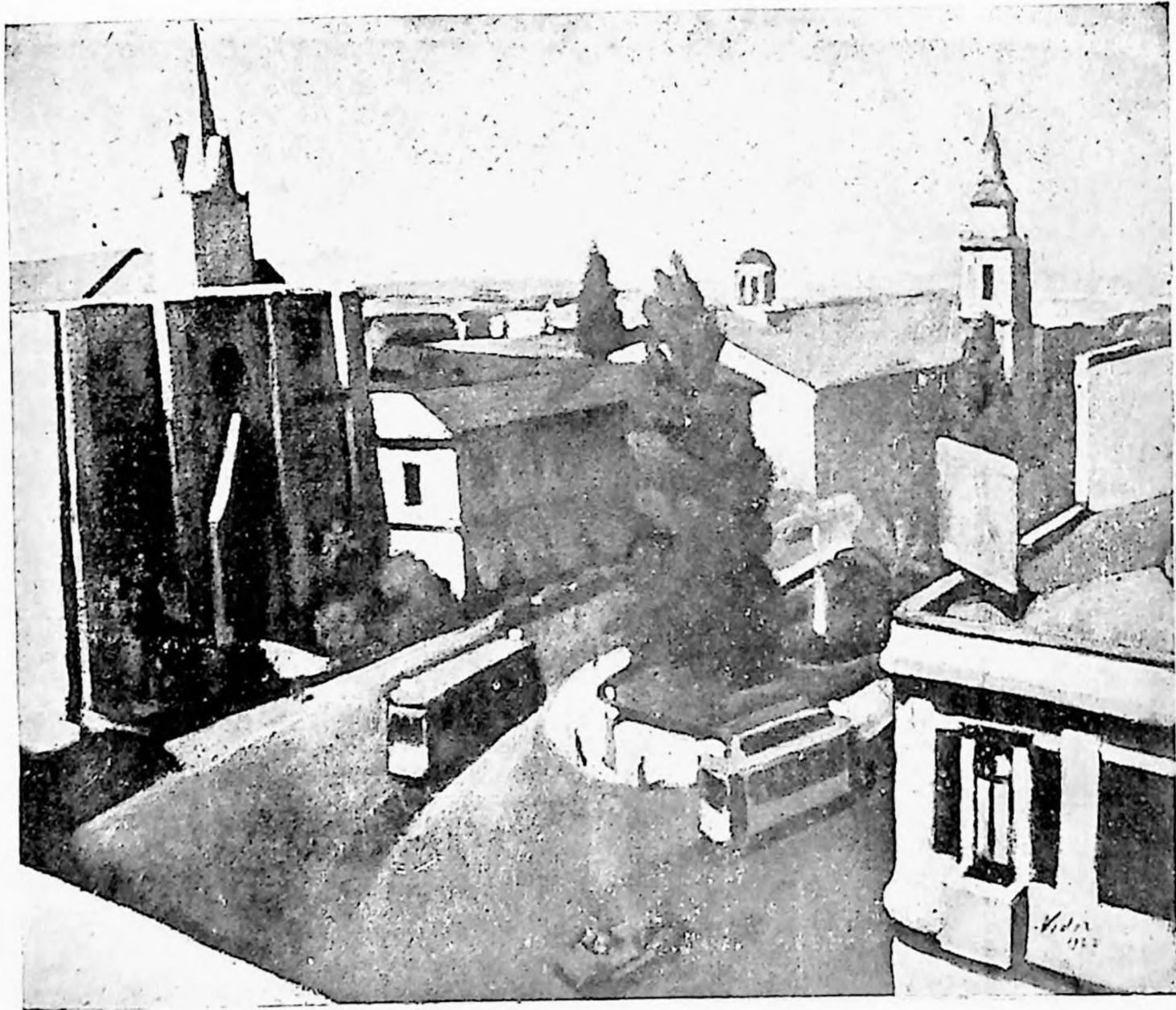


Pablo Vidor en Chile

PABLO Vidor, nacido en Hungría, no habría llegado tal vez a lo que es, si los azares de la guerra mundial no lo hubieran hecho viajar. Para cualquier viajero sin sensibilidad, viajar no es más que la realización de un plan rutinario. Para un artista, en cambio, es el descubrimiento cotidiano de cosas sorprendentes y al mismo tiempo un ejercicio de la estimación selectiva, que aprovecha por fuerza en toda la futura labor del viajero. Desarraigándose de su atmósfera natal, Vidor orientó sus pasos hacia París, imán poderoso para los hombres de legítima sensibilidad estética. Todos los artistas de la tierra desembocan en París sus máximas esperanzas. Y son pocos, muy pocos, los que cuando el tiempo opera sus resacas inevitables, quedan en la orilla triunfantes, y con valor para seguir. He conocido pintores jóvenes de esta tierra verdaderamente enfermos de París. Llegaban de allá todavía alucinados por el latido y los colores de la compleja ciudad. No laboraban aquí, «porque no estaban en París», y por consiguiente, ¿para qué iban a trabajar en estas tierras americanas, tan rutinarias? Pero lo triste es que allá tampoco hacían nada, porque se les hacía poco el tiempo para gustar del encanto de París. . . . Mucho me temo que esté aconteciendo lo mismo con ese grupo de muchachos artistas que fueron enviados a la capital francesa, por un gesto magnánimo del gobierno.

Pablo Vidor no se entregó nunca a esa sensualidad de gustar las ciudades, sino que iba saturándose de los ambientes creadores que visitaba. No obstante, sus primeros años fueron de educación objetiva. Iba conscientemente afirmando sus admiraciones por ciertas escuelas, principalmente por el clasicismo; gustando con serenidad lo que hay de formidable en los máximos artistas de otras épocas, y también aprendiendo a discernir lo falso que hay en los discípulos de éstos, y aún en los mismos maestros. De ahí que Vidor sea también un «connoisseur», un entendido, y sin apurarse mucho, un técnico en materia pictórica. Sólo hay dos o tres pintores nuestros, de tendencias distintas (Issamit, Richón Brunet, Isaías Cabezón), que escriben sobre pintura basándose en un conocimiento directo de las obras y de las técnicas en ellas empleadas. Los demás pintores chilenos carecen de ese don, o bien no se toman el trabajo de cultivarlo. Habría menos vanidad y muchos menos desinteligencias en nuestro plano artístico si los pintores escri-



VIDOR. Dibujo.



VIDOR. Desnudo.



VIDOR. Desnudo.

bieran sobre sus ideas de la pintura nueva y la antigua. Por otra parte, cuando vuelvan los muchachos que fueron a París, es posible que entonces haya algo que hablar al respecto.

Algunos viajes por Francia, Italia y Alemania hicieron que Pablo Vidor adquiriera un sólido conocimiento de las diversas escuelas, grupos, galerías y personalidades de la pintura contemporánea. Pero es fatal que un artista con talento propio, después de tales exploraciones, llegue a una conclusión muy triste. En París, donde solamente en la famosa colina de Montmartre hay según un censo nada menos que 15.000 héroes del color armados de pincel y dispuestos a conquistar el mundo; y en ese Montparnasse que ha mecido los alucinados sueños de arte de Picasso, Vlaminck, Utrillo, Fujita, Derain, Manuel Ortiz de Zárate y tantos otros, citando distintas nacionalidades; en ese maravilloso París ya no se crea. Sólo se embadurna, se pastichea, se negocia y se «metequea». Allí los hombres con talento se diluyen... o se hacen millonarios como Picasso y Utrillo, por milagro de la época, o como Van Dongen, «peintre pour les nouveaux riches»....

Vidor, siguiendo sus impulsos de creación espontánea, hubo de cambiar el bello París por Berlín, la ciudad sistemática. En Alemania no hay duda que son más estudiosos los artistas. No «flanear» tanto, como me decía un amigo que estuvo allá. Fuera de toda duda, el arte de este siglo ha nacido allí. Pero también, por su misma efervescencia, la pintura en Alemania se ha metido en un terrible caos intelectual, del que no sabemos si saldrá. No obstante, en Alemania Pablo Vidor se encontró a sí mismo. Allí, bajo la mirada llena de bondad de algunos buenos maestros, halló el secreto profesional. Su reposado criterio de artista enamorado de la más perfecta antigüedad, que es donde está el secreto de todas las pinturas posibles, no se dió a seguir los vericuetos mentales y psico-cerebrales que fueron la vía secreta para las creaciones de un Croz, un Karl Mense o un Schrimpf. Cuando él estuvo en París, estaba ciertamente en su apogeo la era de los profetas del Arte Nuevo. Pero se adivinaba que ésta luego terminaría, porque en el caos de Europa todo nace y muere en un instante.

Hace diez años, Pablo Vidor era todavía absolutamente académico. Nos ha mostrado una pequeña tela que conserva de esa época, que es su primera tentativa de alejarse de la pintura directa. Lo consiguió buenamente. Hay otros que para alcanzar esto se retuercen, buscan afiebradamente salir de la senda vieja solicitados por una repentina idea admirable. Pero muy luego se desorientan. No les ayuda en la decisión un tempera

mento organizado. Y para la selección de la nueva ruta, carecen de una brújula segura, de un claro rumbo de conocimientos. La pintura nueva que entonces este artista empezó a producir, habría que llamarla por fuerza «expresionismo», ya que ese nombre se daba en la época al arte que él decidió adoptar. Pero, como ya lo hice notar una vez en un artículo de prensa, su pintura ya desde entonces era suya en él. Catalogarle en cualquiera de los «ismos» contemporáneos, tenía que producirle una tranquila desesperación y una protesta razonable. Por más que ciertas sugerencias del ambiente donde estudió pusieran aislados matices en el cuadro, el complejo de su pintura era absolutamente vidoriano. Un pintor que como él se entrega a sus pinceles y al momento de la creación totalmente, no puede menos que estar entero en cada obra. No debe nada o muy poca cosa al ambiente y a los demás artistas que le rodean. Aunque los entusiastas digan: «Aquí hay esto... expresionismo... cubismo... nueva objetividad...», etc., no se altera el orden natural de las cosas.

* * *

Cuando Pablo Vidor llegó a Chile y empezó a mostrar su arte, era un pintor en perfecta sazón y completamente independiente. Podemos dar fe de ello, porque desde entonces hemos seguido con admiración su línea evolutiva, que lamentamos por cierto no poder presentar entera debido a las limitaciones del artículo. Entonces como hoy su producción es fecunda, porque este artista es un infatigable trabajador. Pero en el caso suyo la abundancia no daña la calidad.

Llegó a este país en una época en que no había la mediana comprensión del Arte nuevo—o Arte vivo, o como queráis—que se nota hoy en nuestras tierras. Persistía la reminiscencia de una pintura novecentista, que no nos ha hecho sino daño. No puede ser menos que doloroso recordar los años que perdió nuestra juventud imitando a unos malos maestros que en aventura práctica se dejaban caer por estas tierras. Y los veteranos del arte, aquéllos que habían estado en Europa, no eran capaces de hacer ver el error. Unos y otros son culpables de que la pintura chilena se atrasara algo así como cuarenta años. Sin embargo, algún milagro tenía que suceder. Y fué la venida a este país de unos cuantos artistas jóvenes que en otras tierras habían percibido de cerca el encanto de la nueva pintura. Sus nombres son demasiado conocidos. Esos pioneros de nuestro arte futuro tuvieron que luchar lo increíble siquiera para con-

seguir que los creyeran verdaderos artistas. La idea de 1922 en Chile era que todo se hacía para la exportación. Y los muchachos del recordable grupo Montparnasse fueron considerados agentes, aquí, del mercachiflismo artístico europeo. El tiempo ha dado a todos la razón.

Poco antes de que aquella juventud llegara con sus novedades pictóricas, Pablo Vidor llegaba a Chile. Con su caja llena de colores y de secretos, recorría ya el litoral de nuestra sensibilidad explorando sus posibilidades. Habría que hacerlo constar-documentalmente: Pablo Vidor fué el primero en traernos la pintura contemporánea, el primero en venir a enhebrar sus raíces creadoras en nuestro país. La generación actual debe agradecersele con amplitud. Después, la venida de Isaías Cabezón, Grigoriev y otros, sirvió para afirmar las actitudes que Vidor secretamente, sin quererlo, había bosquejado. Porque yo no creo que nuestros pintores jóvenes de 1928 hayan surgido espontáneamente de un momento a otro sin previa preparación.

Su primer tiempo entre nosotros, naturalmente, encontró inoportunas incomprendiones. Pero también tuvo la suerte de que una minoría selecta lo comprendiera y estimara. Seguro que él no la buscaba en su independencia; pero esa minoría de admiradores lo buscó a él. Hizo algunas exposiciones en Valparaíso, con el éxito corriente cuando se trata de un artista completo. Mucha admiración, muchos reparos, ninguna crítica oficial, ninguna venta. Pero era un buen augurio. El tiempo ha dado muchas vueltas después sobre su rueda infalible. Hoy Pablo Vidor, es un artista muy conocido. Se le podría situar en el mismo plano que Grigoriev por su modernidad. Pero ha sabido domesticar nuestro ambiente mejor que aquél. Respecto a su labor, cedo la palabra a un escritor joven, Tomás Lago:

Ante una naturaleza intacta aún de íntimas revelaciones ha logrado evidenciar el paisaje chileno de un modo propio, suyo y nuestro, de honda certidumbre.

De su manera personal ha dicho el mismo escritor:

Modela rudamente con esa sensualidad de la forma que ha dejado el cubismo, aunque en él esto cada vez adquiere una mayor consistencia en valores, una más cálida objetividad. En su poder la luz se agrupa sin esfuerzo; perdiendo su carácter disolvente nunca deja de obedecer al equilibrio que Vidor le asigna a su cuadro. Los colores predilectos con que obra son los verdes y los azules, los cuales ha empleado de una manera inolvidable, en sus paisajes del Sur de Chile, densos, húmedos de latitud austral.

Habría que agregar que con igual maestría, Vidor es un retratista. No es aventurado decir que el arte del retrato requiere en el artista creador una como personalidad adicional. No es lo mismo sumergirse en la visión del paisaje y valorizar sobre la tela sus elementos visionales, que situarse ante el ser humano para precisar sus rasgos específicos. En aquella labor hay una jubilosa libertad. En ésta, tiránicas restricciones. Pocos son los artistas que sobrellevan la servidumbre a la realidad que significa «retratar» en el cuadro. Pero Vidor, como retratista, pone en juego todos sus fuegos secretos y crea el cuadro sin dificultad. Ultimamente estaba terminando en su taller de la Escuela de Bellas Artes un cuadro que podría llamarse *La Mujer de la Naranja*, y que luego será conocido, en el próximo Salón Oficial.

Fuera de eso, en el retrato directo Vidor ha conseguido también ser muy personal. Asimismo, como acuarelista, grabador en madera o linoleum y dibujante al carbón y pastelista, Vidor posee un decisivo prestigio. Esas variaciones técnicas de su arte le muestran más que nada como un creador múltiple. Finalmente, y como lo hicimos notar más arriba, se completa su silueta personal con sus conocimientos de las culturas pictóricas actuales y pasadas, que pone en juego cuando escribe algún artículo, como uno que salió publicado últimamente en la *Revista de Educación*, y que se titulaba *El martillo al revés o lo natural en arte*. Allí, en un párrafo final dice esto que sintetiza sus puntos de vista personales respecto a la creación pictórica:

Hay que ser fiel no sólo a la naturaleza sino también al arte, como dijo Goethe. Los enanos e idiotas pintados por Velásquez no son «bellos». Lo feo pertenece también a la naturaleza, y Velásquez componía cuadros y conjuntos artísticos muy bellos sobre modelos feos y por eso sus cuadros son bellos productos de arte. Explicarlos por ser característicos, etnográficamente interesantes, etc., es erróneo, es literatura, erudición, eugenesia, o cualquier otra cosa menos plásticamente arte. Feo es lo que en arte no tiene verdad conceptual ni la pretende. La inmensa cantidad de pintura producida por los aficionados pretenciosos, es fea, es decir, no es arte, aunque sea «tan natural» como se quiera.

NEFTALI AGRELLA.